

deseos frustrados de aquella, más atenta de suyo al negocio que al derecho, necesitando enriquecerse antes que glorificarse, la clase de los caballeros en Roma había deservido mucho al viejo patriciado y no servido bastante á la plebe. Egoísta de suyo, representaba en estos tiempos algo de lo que representó la burguesía francesa en tiempo de Luis Felipe. La guió en esta representación, más que afecto al ideal, afecto al oro; pero sintió la noble impaciencia de salvar la vieja república, y á este intento va unida con lazo indisoluble su gloria, siquier se malograra y perdiera. Y junto con los caballeros, á quienes representaba, ya lo hemos dicho, Pompeyo, iban á la conservación del régimen republicano los espíritus superiores, amigos por su naturaleza propia é íntima de toda libertad. En este número deben contarse hombres de virtud austera, de complexión íntegra, de ideas arraigadísimas, de culto supersticioso á lo pasado, de confianza optimista en lo porvenir, hombres como Bruto y como Catón, en quienes el genio de la vieja Roma revivía, para defenderse contra tantos males como sembraron en sus senos las cruentas guerras civiles y las corruptoras enormes dictaduras.

Las guerras civiles perdieron á Roma con tal extremo, que los espíritus superiores, como el espíritu de Lucrecio desconfiaban hasta del sér ó existencia de los dioses y se ponían á cantar la materia y su fuerza bruta, sin ver luz alguna de una Razón suprema en el cielo, completamente vacío, ni libertad en el hombre, triste víctima del destino. Cada una de las clases sociales tenía sus soluciones y la personificación de estas soluciones; pero todas se malograban y se frustraban en aquellos cambios de las dictaduras á las anarquías, cuya brusquedad, como los excesivos cambios atmosféricos, rompían y destruían los más fuertes y más vigorosos organismos. Sylva representó á los patricios, Mario á los plebeyos, Pompeyo á las clases intermedias entre plebe y aristocracia, Cicerón á todas. Pero ni los trabajos de Sylva por el privilegio, ni los trabajos de Mario por el derecho, ni los trabajos de Pompeyo por un término medio entre ambos extremos, ni los trabajos de Cicerón por la concordia universal prevalecieron. Dos hombres, en verdad, personificaban entonces las dos fases de Roma, la que se iba por el ocaso de aquella sociedad, la que venía por el Oriente. Uno de estos hombres era Catón, otro de estos hombres era César. Catón, disgustado de la realidad viviente, convertía su idea y sus ojos á lo pasado; César, viviendo en contacto con esta realidad, extraía por la creadora potencia del alma, extraía de todos sus vicios y de todas sus impurezas las fórmulas de lo porvenir. El uno, como lo pasado que se iba, resolvíase, por necesidad, en abstracciones; el otro, como lo presente y lo porvenir, era todo vida y esperanza de vida. Catón, frente á los pretorianos de César, frente al despotismo de Sylva, frente á la democracia de Mario, frente á las transacciones de Cicerón, frente á la demagogia de Catilina, representaba la historia y la prosapia del viejo patriciado en protesta contra todas las innovaciones como su abuelo Catón el censor en su tiempo, representara la reacción rural contra todas las novedades

mercantiles é industriales traídas por potentados bien diversos de los antiguos nobles campesinos. Pero Catón, *el joven*, como la historia le denomina, calcaba la resistencia de su tiempo, y de sus intereses, y de sus principios, en la figura de su antecesor, con lo cual, á los desórdenes de su edad y de su generación oponía pura y simplemente anacrónica y fútil arqueología. Todas sus virtudes adolecían de aparatosas y relumbraban en frases, no en actos. La filosofía cuadraba más que la política en aquel período supremo á su complexión puramente de resistencia. Más que combatir con el mal, quería diferenciarse del mal. Más que procurar un remedio, quería procurar una protesta. Mientras todos en torno suyo organizaban fuerzas, él ahuyentaba partidarios, á fin de que solamente se viese y resultase la persona suya como un colosal contraste con todo lo existente. Disertar con los filósofos más que reunir un partido era la ocupación del austero prohombre. Luego, en su culto al patriciado, había más atención á las prácticas y á los procedimientos que á los dogmas y á las ideas. Creía salvar su religión del privilegio con el exquisito cuidado de sus perdidas tradiciones. Vestir como vestían los antiguos, hablar á la vieja usanza, volver por los giros arcaicos en todo, conservar las costumbres patrias, asistir al Senado con la puntualidad más exacta, sostener con las prácticas más rutinarias todo cuanto se arruinaba en aquella sociedad pervertida y anochecía en aquella oscura conciencia: he ahí el trabajo de Catón, cuando Mario entraba con sus reyes nómadas y sus héroes cimbrios bajo los arcos de triunfo; cuando Sylva expedía sus sicarios con el puñal en una mano y en otra la tea, para exterminar desde los hogares hasta los cuernos de sus enemigos; cuando los templos se tornaban fortalezas y el Foro campo de batalla; cuando los mismos terremotos sacudían las colinas de los plebeyos que las colinas de los patricios; cuando, infestadas las costas de piratas, los montes de siervos, las calles de facciosos, las casas de conjurados, entre las humaredas y los relampagueos del incendio, sobre los mares de sangre, paseaban como una furia por los escombros humeantes y los cadáveres amontonados una turba de corrompidos cortesanos y otra turba de voluptuosos epicúreos, quienes, aguardando muerte pronta, dábanse al placer fácil y rápido, mientras evocada por tantos errores y tantos vicios iba sobre todos á más andar la monarquía universal. El privilegio de Catón estaba en que mientras los demás corrían á refugiarse amargados y entristecidos en la soledad, verdadero suicidio del alma, viviendo en compañía de sus árboles, de sus caballos, de sus pajáreras, de sus flores, de sus fuentes, de sus estatuas, de sus jaurias, él iba por doquier mostrando que no muriera, no, á tanto golpe la nobleza romana, quien se prometía salvar aún las venerandas antiguas instituciones históricas.

Cuando Mario asesinara los cónsules en su silla curul, entre los destellos del incendio, parecido á siniestra tempestad flameando en el cielo, y entre los estertores del degüello, parecido á un ojeo de hombres azuzado por sicarios nómadas y sirios, cuando Sylva diver-

tía sus hastíos calentándose al rescoldo producido por la quema del Capitolio y poniendo en el Foro tragedias como la proscripción y el exterminio de los demócratas, unos expulsos, otros apuñalados, cual pudiera poner en su mocedad juguetes cómicos encargados á su camarada el actor inspiradísimo, Roscio, cuando un repúblico, al saber el triunfo de su contrario, se metía en horno de cal viva, y un caudillo así la cabeza de su rival, separada del tronco, para escupir en aquel rostro lívido; y los deudores no acertaban con otro medio de pagar sus deudas que pasar y concluir á cuchillo sus acreedores; y á los parientes próximos de cualquier jefe ó guía en aquella discordia de los partidos se les arrancaban los ojos y se les rompían los huesos en el sitio siniestro de sus derrotas; y se publicaba todas las mañanas muy temprano el padrón de los condenados á morir en el día, no debe, no, maravillarnos que inscribiera Catilina en sus banderas misteriosas todos los perdidos de Roma, juramentados para una revolución social, sin más principios que las vaguedades difundidas en las inteligencias romanas por los restos del movimiento agrario y sin más fin que otra discordia capaz de alimentar con sus combustibles el incendio universal. Cicerón, ilustre representante de los caballeros, á cuya clase pertenecía, enamorado, como gran orador, de las libertades antiguas, á las cuales debiera sus inmarcesibles triunfos oratorios, vió como los excesos de tal secta podían destruirlo todo, y se consagró á perseguirlos, desvaneciendo sus principios y matando á su jefe con una facilidad, oculta ú olvidada muy artísticamente tras la pretensión inaudita de verse premiado con ruidoso triunfo como los obtenidos por aquellos generales victoriosos, que traían sujetos con cadenas, bajo los arcos marmóreos, á la Vía Sacra, reyes representantes de razas enteras sobre la tierra. Esta facilidad en la condensación y desvanecimiento de las tempestades sociales, mostraba cuán cargado el aire aquel debía encontrarse de ideas vagas, y cuán subvertido el suelo aquel por violentas revoluciones, cuando estos monstruos podían producirse y aniquilarse como los ensueños neuróticos en pesadillas generadas por los ataques nerviosos y las epilepsias mortales de toda una sociedad. Poco tiempo después de haberse desvanecido la conjuración catilinaria, entraba en Roma Pompeyo, quien, á pesar de haberse ido con Sylla en las maniobras de éste contra Mario, representaba el único asidero posible para la República y para la libertad romanas, indisolublemente unidas con las instituciones parlamentarias que se habían quebrantado, cuando no roto, á una, todas en aquella sucesión de dictadores sin conciencia y de discordias sin entrañas. Pompeyo tenía un ejército, y con el ejército pudo imponerse; tanto más cuanto que aparecía sospechoso á todos los bandos, y se le acababa de inferir mortal agravio, persiguiendo á sus mejores amigos bajo el capcioso concepto de pertenecer á los catilinos, con lo cual á un mismo tiempo se procuraba su ruina y su deshonor. Los diversos enemigos y émulos del general temblaban creyéndole próximo á entrar en Roma con su ejército, y entrando en Roma con su ejército, veíanse maltrechos y destinados á la pérdida

irreparable del viejo poder é influjo. Ciertamente que las leyes y las tradiciones romanas oponían veto á esta entrada y residencia de tropas en la Ciudad Eterna. Los pueblos parlamentarios como el pueblo de Roma, oponen resistencias formidables al predominio militar. Pero tras las dictaduras, tras las matanzas, tras las proscripciones, tras las guerras tanto sociales como civiles, tras los anárquicos desórdenes abajo y las arbitrarias voluntades arriba, el respeto á las leyes quedaba tan profanado y perdido como el respeto á los dioses y á los cultos cuando los invaden y los hieren irrupciones de incrédulos ó infieles. César, que aspirando por vocaciones incontrastables de su genial temperamento á la dictadura se había inscrito en los bandos más demagógicos así contra Tulio, como contra Catón, como contra Pompeyo, quiso estudiar á este último so color de adularle ó servirle, y al verle despedir sus tropas, comprendió cuán baladí rival tenía delante. Contaban los encargados por las leyes de loar el triunfo ante los generales victoriosos como rindiera mil baluartes, acapara ochocientos navíos, trajera novecientas ciudades más al dominio romano, enriqueciera con veinte mil talentos de oro el Erario, allegara copiosas rentas á la República, cual en aquella larga procesión de trofeos y despojos lo mostrarán el purpúreo lecho de Darío, las joyas y pedrerías de Mitrídates, los tronos argenteos, los cetros áureos, las treinta y tres coronas de perlas y los ídolos riquísimos, tras los cuales venía con su verde laurel en las sienas y su rojo manto en la espalda el vencedor, henchido de vanidad y rodeado por todos los adictos á las viejas instituciones, completamente fuera de sí en aquella ocasión singular, creídos todos á una de que Pompeyo podría tan fácilmente subyugar á los facciosos en Roma como había subyugado á los enemigos de Roma en Asia y en el Ponto. Tras este triunfo militar alzabase una cuestión social. Aquel político, bastante respetuoso con las leyes para desarmar su ejército vencedor, tenía que pedir contra las leyes y sobre las leyes en bien y pro de su ejército, una distribución de tierras y de rentas, más peligrosa que la pedida en otros días por Graco y los suyos para la plebe romana. En el Senado se coligaron, oponiéndose á tal pretensión y rechazándola todos los privilegiados, todos, Lúculos, Metelos, Crasos, Catones. Imaginaos la situación del pueblo viendo rechazadas las leyes agrarias, si las proponían sus tribunos para él, y admitidas, si propuestas por un verdadero conservador, como el general republicano, para su ejército. La plebe, mejor dicho, el odio de la plebe al patricio, y al Senado, y al caballero, debía tener una encarnación tan gigantesca, cual todo lo que á las muchedumbres sociales se refiere, y esta encarnación debía llamarse por los siglos de los siglos, en toda la Historia, César y cesarismo, dictadura, desquite, venganza de la plebe.

La diferencia entre César y Pompeyo estaba en que César tenía una idea y Pompeyo no tenía ninguna; César una resolución y Pompeyo la perplejidad peculiar de quien, requiriendo la medra propia y el interés personal por seguir á un tiempo mismo todos los caminos, adolece de una incertidumbre que paraliza en él todos los movimientos. Así

como Aníbal creyó que no podía Cartago subsistir en España, y se propuso vencer todas las resistencias españolas á su dominación cartaginesa, disipadas por los Sempronios y por los Escipiones, creyó César que la Roma de su tiempo había menester su establecimiento definitivo en las Galias, su imperio absoluto sobre las Galias. Esta tierra céltica, por su interposición en el cruce de las regiones germánicas con las romanas, decidía el conflicto perpetuo entre ambos mundos, según propendiese al uno ú al otro; por ende necesidad inevitable de ingerirla en Roma. Pero dados los partidos de Roma y la inseguridad que á todo poder traían sus elecciones á plazos cortísimos, sus discordias parlamentarias, sus procesos políticos, las acusaciones de diversos géneros pendientes sobre la cabeza de todos sus estadistas, necesitaban los generales y los gobernadores de las provincias tener la mira puesta sobre los comicios y el Senado. César debía de continuo habérselas con helvecios, con galos, con britanos; mantener á un tiempo la línea del Ródano y del Rhin para su guerra constante á los germanos y su comunicación diaria con Italia; mandar captadores para sostener el afecto cariñoso de su amigo Craso, atar la lengua larga de su enemigo Cicerón, decidir á favor suyo las cambiantes perplejidades de Pompeyo, atraerse á una los comicios, amedrentar con amenazas el Senado y adherir á su causa los demagogos atraillados ó sueltos por sus propósitos y por sus cálculos con arreglo á sus múltiples y complejas conveniencias. Por eso él guerreaba durante la estación de la primavera y verano aquende los Alpes, en las Galias trasalpinas, y durante la estación del invierno acampaba en las Galias cisalpinas, allende los Alpes. Y desde la Galia cisalpina mandaba con perdurable mando en Roma y servía ó deservía los planes de Pompeyo. Para tal obra de conquistar las Galias y los comicios, de mantener su fascinación en los soldados y su influjo sobre los partidarios de aparecer como un general y como un tribuno a la par, ayudábanle por todo extremo las ventajas consiguientes á gozar él un verdadero núcleo de fuerza y de poder, mientras Roma se desgarraba en los horrores de la más terrible anarquía. Pompeyo nada hacía por no malquistarse con nadie, y de vanidad henchido iba dejando enredarse las dificultades en confuso enmarañamiento, so reserva de poder desatarlas con un gesto de su cara olimpica y con un acento de su palabra divina. Cicerón, aunque siempre inclinado á sus caballeros y á sus viejas instituciones, jamás acertaba en su incertidumbre á decidirse por Pompeyo, de quien recibiera muchas atenciones, ni por César, á quien debía mucho dinero á causa de su afán por edificar casas y quintas en ciudades, montañas, bosques, lagos y costas. Catón, cada día más abstracto y más abstraído, daba en sus abstracciones á las ideas políticas suyas el aspecto de los fuegos fatuos que corren pálidos y fugaces con siniestro relampagueo por los cementerios. Craso moría en Oriente, acribilladas sus tropas á las flechas de los partos, y degollado él por un rey afeminadísimo y cobarde. Mientras tanto demagogos cual Clodio, proscibían á repúblicos cual Marco Tulio, y otros demagogos; cual Milón,

mataban á Clodio en una guerra de partidarios mantenida en las calles mismas de Roma, tan perturbada por las competencias de sus ciudadanos como la implacable y fatal naturaleza por las competencias de sus especies. Así, mientras luchaban los comicios de curias con los comicios de tribus, los cónsules con los tribunos, el Senado dirigido unas veces por Catón y otras por Marco Tulio con los triunviros y con los demagogos, queriendo todos ganarse al pueblo por medio de fiestas del Circo, en las cuales Pompeyo prometía nada menos que quinientos leones, César, sin huir los medios de captación y las corrupciones habituales á tal tiempo y á tales costumbres, recordaba cómo él había divulgado entre las multitudes los secretos del patriciado, abriendo sus Asambleas al juicio popular y publicando sus sesiones; cómo él había propuesto una ley agraria tristemente combatida luego por los caballeros; cómo él había entendido el derecho de ciudadanía y sus beneficios por tierras y gentes extrañas, para que pudiera la sangre del cuerpo romano renovarse; cómo él había sujetado al dominio de la Ciudad Eterna las galas tan temibles, y alzados entre los italianos y los alemanes para defensa y seguro de la patria; cómo él quería una Roma plebeya, cual los Gracos y Mario, más para servicio y gloria del mundo entero; cómo él aconsejaba reabrir las filas del patriciado á los celtas amigos de Roma; cómo él significaba por igual una revolución en el Pomerio y una revolución en el mundo, penetrados y confundidos dentro de maduro espíritu, muy resuelto á traer lo que Alejandro fantaseara cual un sueño: la identificación de todas las gentes en el seno de una superior humanidad.

Viendo todos estos planes, tan opuestos á su personal grandeza y gloria, Pompeyo se consagró á deshacerse de César. Sobre si éste podía ó no aspirar al consulado desde su campamento proconsular, ó tenía que ir á la Ciudad Eterna, estalló la discordia política. Sobre la nueva mujer que debía tomar Pompeyo, muerta Julia, hija del César, estalló la discordia personal. Pero una contradicción superior existía; la contradicción entre las dos ideas. Pompeyo representaba la ciudad; César el mundo; Pompeyo en la ciudad los optimistas; César la plebe. Debía el uno abrir los muros del Pomerio á todas las ideas, y debía el otro cerrarlos; debía el uno designar para la curia senadores galos, y debía el otro mantener y apoyar el viejo é histórico patriciado. La inferioridad irremisible de César estaba en sus medios, en la dictadura; y estaba la superioridad incontestable de Pompeyo en su respeto á las viejas instituciones y al sacro Parlamento. Repetíase de nuevo el conflicto entre Grecia y Alejandro. Para servir á la humanidad tuvo éste que destruir algo tan humano como la Agora ateniense y la elocuencia demosteniana. Para transfundir la sangre del mundo á la ciudad y la idea de la ciudad al mundo, tuvo César que derruir la tribuna y asombrar la libertad. Este principio entraña una virtud tan eficaz y ejerce un imperio tan grande, que santifica siempre hasta los mismos privilegiados, cuando lo sirven de todas veras y lo invocan de buena fe. Privilegiado Pompeyo, privile-